

CAPITULO LXXXVIII.

Donde se ve como Ovando varia de forma sin variar de fondo.



IENTOS contrarios retardaron el viaje de Colon.

Despues de ocho dias de luchar con los elementos, arribó el 3 de Agosto, no á la costa de Hayna, como se habia propuesto, sino á la pequeña isla llamada de la Beata, próxima á la Española.

Son tan fuertes las corrientes entre esta isla y Santo Domingo, que los buques estuvieron detenidos meses enteros aguardando vientos huracanados para proseguir su viaje.

No ignoraba el almirante que podia verse condenado á esperar mucho tiempo un viento favorable, y de acuerdo con su hermano, su hijo y Diego Mendez, envió á Diego el intérprete con una carta para Ovando, en la que le anunciaba su llegada, la proteccion que le habian dispensado los reyes, y añadia, para tranquilizarle, que estaba agradecido á los esfuerzos que habia hecho, segun le habia indicado Escobar, para llevarle buques, y deseaba llegar cuanto ántes á Santo Domingo para manifestarle su gratitud.

Al mismo tiempo que la carta dió Colon á su intérprete algunas instrucciones acerca de lo que deberia responder á las preguntas que le dirigiesen, y conduciéndole en un bote hasta la orilla, aguardaron los viajeros una brisa favorable para llegar á Santo Domingo.

Habian encargado á Diego que en todas partes anunciase

la llegada de Colon y refriese detalladamente los padecimientos que él y sus compañeros habian sufrido.

A medida que se tenian noticias de su llegada, de sus sufrimientos, iba operándose en los ánimos de todos una reaccion en favor del almirante.

En Santo Domingo sucedió le que en todas partes.

Cuando era jefe de la colonia; cuando contenia á aquellos foragidos y se mostraba benévolo con los indios para que no viesen en él ni en los suyos una calamidad; cuando disfrutaba de los favores de la fortuna, nada tenia de extraño que hubiese hallado quien pusiese cadenas á sus piés, ni mucho ménos quien las remachase.

Pero la idea de los padecimientos que habia tenido que soportar aquel año entero y verdadero que habia vivido en brazos de la muerte, iba operando una reaccion tan favorable que Ovando, al saber la inesperada noticia de la llegada de Colon, decidió cambiar de táctica y mostrarse humilde y respetuoso ante el gran hombre, para no ponerse en pugna con sus subordinados.

¡Cuán ajeno estaba Ovando de que el almirante se acercaba á la Española!

Sin dirigir ninguna pregunta á Diego, temeroso de que adivinase su emocion, le despidió, encargándole que volviese al dia siguiente á recibir sus órdenes.

Los descontentos del gobierno de Ovando vieron en aquella ocasion un pretexto para hacer ostensible su opinion, y proyectaron formar una columna de honor é ir por tierra hasta el paraje donde estaba la carabela del almirante, para rogarle que desembarcase allí y llevarle en triunfo hasta Santo Domingo.

Esta idea fué apadrinada por un jóven, en cuya alma habia eco todo lo grande, todo lo generoso.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD  
U. A. N. L.

Hasta entónces, aunque eficazmente recomendado á Ovando, no habia tenido ocasion de tratarse con intimidad, y no comprendiendo que aquel acto que queria llevar á cabo podria disgustar á su protector, capitaneando á los colonos fué á pedir su vénia al gobernador para recibir en triunfo al almirante.

El jóven que deseaba honrar al inmortal Colon, que le comprendia y le admiraba, y que, sobreponiéndose á las pasiones de los hombres que le protegian, se hallaba bajo la influencia del marino, que sin más elementos que su voluntad habia arrancado al Océano su más impenetrable secreto, era el viajero á quien habia acompañado hasta la Española Sagredo, el que hemos oido nombrar Hernan Cortés en los capítulos anteriores.

No convenia á Ovando contrarestar aquel movimiento, y como era hábil, en vez de oponerse á él, salió al encuentro de los entusiastas.

—Es muy noble el deseo que os anima, le dijo; vuestra alegría no es superior á la que yo he experimentado; y en efecto, todos debemos demostrar al ilustre marino la admiracion que nos merece su génio y la simpatía que nos inspiran sus padecimientos.

Pero como pareceria, si vos fueseis á su encuentro de una manera oficiosa, que yo no apadrinaba vuestros deseos, que era hostil al hombre á quien en otras ocasiones no he tratado con todos los merecimientos debidos por efecto de las circunstancias, pero á quien siempre en el fondo de mi alma he profesado veneracion y aprecio, deseo asociarme á vos, y al efecto os suplico que admitais en vuestra compañía, para ir á recibir á Colon, á una persona que yo designe y que me represente.

Hernan Cortés, que capitaneaba á los entusiastas, aceptó

la proposicion de Ovando, y aquel mismo dia salieron más de cincuenta hombres por tierra hasta la costa donde aguardaba el almirante los vientos favorables, para recibirlo y llevarlo en triunfo á la ciudad.

Cuando llegaron, su nave, impulsada por un viento benéfico, atravesó las corrientes y venció las dificultades, y costeando la isla llegó hasta el puerto de Santa María.

Parecia haber adivinado los deseos de Ovando.

Apénas le anunciaron que se divisaba un buque, envió al intérprete para que dijera si era el del almirante.

A su contestacion afirmativa mandó reunir en su palacio á los oficiales y altos dignatarios, é hizo al mismo tiempo que desde el fuerte disparasen cañonazos y que repicase la campana de la iglesia de la ciudad.

Esta trasformacion que se habia operado en Ovando agradó en extremo á los colonos, y asociándose todos á él, fueron al puerto á recibir al venerable anciano que, con el doble prestigio del génio y del sufrimiento, llegaba á aquella playa en busca de hospitalidad y de justicia.

No esperaba Colon aquel recibimiento.

Bartolomé y Diego Mendez:

—Tened cuidado, le dijeron, que esto bien puede ser un lazo.

Desembarcaron, y Colon fué el primero que tendió la mano al gobernador de la isla de Santo Domingo.

—Perdon y olvido, dijo.

El gobernador le pidió permiso para estrecharle entre sus brazos, se excusó con él de la mejor manera posible y le suplicó que fuese á honrar su palacio, brindando asimismo á las personas de su comitiva hospedaje en su casa.

Aquel dia fué para la colonia de verdadero júbilo.

Por la noche llegaron los que habian ido á recibirle, y aña-

dieron á su entusiasmo espontáneo el que oficialmente le habia preparado Ovando con su reconocida habilidad.

El gobernador dispuso una espléndida cena para obsequiar á los viajeros, y convidó á ella á muchos de los principales colonos.

A pesar de la desconfianza que abrigaba el gran hombre, no pudo ménos de conmoverse, no ante aquellas muestras de falso entusiasmo, sino ante los designios de la Providencia, que veia y admiraba en todo lo que pasaba en torno suyo.

Por la primera vez en la vida se encontraron entónces, bajo un mismo techado, el anciano que bajaba al sepulcro con la auréola de la gloria y la palma del martirio, y el jóven, oscuro todavía, que algunos años despues habia de conquistar un gran imperio, y hacer su nombre eterno y no ménos glorioso.

El sol que se eclipsaba y el sol que nacia, reflejaron mutuamente su luz el uno sobre el otro.

Colon y Hernan Cortés brindaron: el segundo por el glorioso anciano que despertaba en él la ambicion de gloria en aquellos momentos; el primero por el jóven audaz y respetuoso que en sus palabras y en sus miradas revelaba, el valor que debia hacer imperecedero su nombre en el libro inmortal de la historia.

¡Arcanos de la Providencia!

## CAPITULO LXXXIX.

### El árbol caído.



QUELLA misma noche quiso Colon celebrar una entrevista con Ovando, y despues de levantarse de la mesa, le acompañó á su habitacion y allí le rogó que le escuchase.

Despues de referirle todo lo que le habia pasado en su expedicion, y particularmente desde que se habia visto obligado á permanecer en la costa de la Jamáica por no poder servirse de los buques, le dió cuenta, como á la autoridad más inmediata, de los desmanes que contra él habian cometido los dos hermanos Porras, y le anunció que aunque habia perdonado á sus secuaces, habian sido, sin embargo, tan grandes los excesos que habian cometido los instigadores de la rebelion, que los tenia aprisionados á bordo; queria entregárselos para que los juzgase, si tenia jurisdiccion sobre ellos, ó que los enviase á España para que tribunales superiores decretasen el castigo que habian de recibir.

Por esta declaracion supo Ovando que la mayor parte de los que habia llevado á bordo Colon pertenecian á los rebeldes, y vió en ellos un gran elemento para intentar alguna nueva intriga contra su huésped.

Pidió nuevos detalles á Colon acerca de los medios que habia empleado Mendez para salvarle; le aseguró que la conducta de éste y de Fiesco, cuando habian llegado á Santo Do-

mingo en calidad de emisarios suyos, le habia hecho creer que no eran más que intrigantes, que lo que deseaban era apoderarse de algun buque de los que tenia á su disposicion para emprender nuevos descubrimientos, y aunque procuró estar expansivo y cariñoso con Colon, y el almirante con él, sin embargo, cualquier observador hubiera notado que aquellos dos hombres se hablaban así por pura cortesía, y que mediaba entre los dos un gran abismo.

Colon era bastante generoso para perdonar con toda su alma á aquel miserable; pero no sucedia lo mismo á Ovando.

Este veia desbaratados todos sus planes.

Tenia que renunciar á sus soñadas ambiciones: no habia logrado realizar los designios de los enemigos de Colon, y todo esto, unido al odio que le profesaban los colonos, le auguraba una próxima y ruidosa caida.

Pretextando gran solicitud en servir al almirante, le pidió una orden para enviar un oficial á la carabela que estaba anclada en el puerto para recoger á los prisioneros.

Dióselo en el acto el almirante, y dejándole con su hermano, su hijo y Diego Mendez, fué él mismo al buque en busca de los revoltosos.

Su ánimo era indagar lo que habia ocurrido á la llegada de Mendez á la costa de la Jamáica.

Francisco Porras, que reconoció al gobernador, le dijo todo lo que habia pasado, y le aseguró que si él y su hermano habian arrastrado á los demas compañeros á una rebelion, no habian tenido más objeto que el deshacerse para siempre del almirante, y haberse presentado á Santo Domingo á ofrecerle, como una muestra de gratitud, todo el oro que habian adquirido en la última expedicion.

Por ellos supo Ovando, con verdadera indignacion, la traicion de Sagredo, y vió perdidas sus esperanzas por completo

al saber que los españoles adictos á Colon avanzaban á la Península, y llegarían con las nuevas del descubrimiento y de las últimas medidas tomadas por el almirante ántes de que pudiese ponerse de acuerdo con el Consejo de Indias para contrarrestar los planes de Colon.

De todos modos, convenia al papel que desempeñaba mostrarse á los ojos de todo el mundo como severo juez, y ofreciendo toda su proteccion á los prisioneros, los trasladó á un calabozo de la ciudad, anunciando que al dia siguiente los visitaría para ver si podian ser castigados, ó tendria que formarles proceso y remitirlos á la deliberacion de los tribunales de la costa.

Nombró él mismo los jueces, intervino en el fallo, y dos dias despues, aun cuando se mostraba sumamente afectuoso con Colon, resolvió el tribunal que no podia juzgar á los hermanos Francisco y Diego Porras en la colonia de Santo Domingo; que deberian ser enviados á España, y que, por lo tanto, mientras llegaba la ocasion para ellos de embarcarse, podian vivir en libertad.

Cumplióse el veredicto y él mismo fué á notificar á Colon el acuerdo de los jueces.

A partir de aquel momento, las relaciones entre Ovando y Colon fueron en la apariencia, solo en apariencia, afectuosas y cordiales.

Pero á ninguno de los dos se ocultaba que era el otro su mortal enemigo.

Ovando colmó de beneficios, para indemnizarles los trabajos que habian pasado, á los rebeldes que habia llevado Colon á bordo del buque.

Ofendido el almirante, se quejó cortesmente al gobernador y quiso oponerse á muchas de las medidas que éste tomaba.

Pero Ovando, con simulado respeto, con irónica amabilidad, decia á Colon:

—No es justo que estando vos aquí sea yo quien mande. Pero, sin embargo, soy el gobernador de la isla, y por más que lo sienta, no puedo reconocer oficialmente en vos más que un antecesor á quien los reyes han relevado de un cargo, por más que privadamente reconozca y acate vuestros justos y altos merecimientos y la auréola de gloria que ciñe vuestra frente.

—Cumplid con vuestro deber, dijo Colon; yo sé lo que me toca hacer. Por de pronto, permitidme que reclame el mando absoluto y la jurisdiccion civil y criminal que me han dado los soberanos sobre todas las personas que salieron conmigo de España hasta mi regreso con ellas. Ved las instrucciones que recibo de los reyes, y os convencereis de que es justa mi reclamacion.

—No lo pongo en duda, contestó Ovando. Pero las instrucciones de los monarcas no os dan autoridad dentro de los límites de un gobierno. Además, vos me habeis entregado los prisioneros, y no creo que al obrar de ese modo habeis buscado en mí un ejecutor de la justicia, un verdugo. Quiero, sin embargo, añadió el gobernador, demostraros cuánto os estimo, y en breve saldrán de la isla con direccion á España los dos jefes de la rebelion, para que allí los juzguen.

Esta era una satisfaccion á medias.

Colon comprendió que no podría sacar más partido de su angustiada situacion, y puso tregua á aquellas diferencias que surgian entre Ovando y él, para aguardar en la isla la realizacion de su única esperanza.

Esta esperanza era la de que los reyes, en vista de la crecida cantidad de oro que les habia enviado por conducto de Sagredo, le restableciesen en el mando de la isla de Santo Domingo, lo que no dudaba que sucederia, porque á la justicia se uniria la influencia de su hijo Diego, el cariño que le

profesaba la reina, y la proteccion que de seguro le dispensaria don Fernando de Toledo y su hermano el duque de Alba, favorito del rey.

¡Cuán amargas impresiones recibió el almirante al visitar aquel país fértil y dichoso en otro tiempo, y entónces devastado y oprimido!

Todas las ilusiones que habia conservado, se habian desvanecido por completo.

La mayor parte de las poblaciones de aquellas cinco poderosas tribus habian abandonado el país para refugiarse en las islas mas próximas adonde todavía no habian llegado los españoles.

Otros habian pedido hospitalidad á los caribes.

Los pocos que quedaban vivian como esclavos.

Sus chozas estaban destruidas.

Aunque Colon se habia propuesto no intervenir para nada en los negocios de la colonia, no podia ménos de aventurar algunas observaciones.

Todas eran rechazadas por el gobernador, y viendo lo inútil de sus esfuerzos, resolvió aguardar la hora de la justicia para borrar el mal y trocarle en el bien que siempre habia deseado.

Aun cuando renunciase á defender los intereses de los colonos y de los indígenas, tenia derecho de abogar por los suyos y pedir cuentas al gobernador, que, como ya hemos dicho, se habia apropiado sus bienes en nombre del gobierno.

Tambien fueron estériles sus tentativas.

Sus cuentas estaban embrolladas, y á no haber sido por la prevision de Sagredo, hubiera perdido todo lo que habia conquistado tan penosamente.

No le convenia, sin embargo, descubrir el secreto que le habia revelado su antiguo y fiel mayordomo, y esperó con

paciencia á que llegasé su rehabilitacion para hacerse justicia á sí propio.

Pero en vez de las noticias que aguardaba de España, sólo recibió una carta de su hijo Diego, en la que le decia:

«La reina está enferma. Los médicos han dispuesto que no se ocupe de los negocios. El rey está dominado por nuestros enemigos.

«Venid, venid cuanto ántes; solo vos podreis conseguir la reparacion que anhelaís.»

Esta carta, y la situacion difícil y enojosa del almirante respecto al gobernador de la isla, le decidieron á partir para España.

Inmediatamente dispuso que se equipase y que se proveyera á sus expensas el buque en que habian llegado hasta la costa de la Jamáica, y dió el mando de él á su hermano Bartolomé.

En el mismo buque en que partió Colon iba con pliegos de Ovando para el obispo Fonseca un jóven que debia regresar en la misma carabela despues de dejar en España al almirante y á las personas que le acompañaban.

El jóven habia aceptado aquella mision, porque un secreto afecto le impulsaba á seguir al gran marino, á admirarle de cerca, á respirar en aquella esfera de gloria que circundaba su majestuosa figura.

Mis lectores han debido reconocerle: era Hernan Cortés.

A poco de salir del puerto, una violenta ráfaga de aire desarboló su nave.

Pasó con los suyos á la carabela que mandaba el adelantado, y encargó á Hernan Cortés, cuya mision secreta ignoraba, que volviese á Santo Domingo con la nave inservible.

—Concededme una gracia, dijo á Colon el jóven: la de acompañaros, la de regresar con vos á Santo Domingo cuando volvais con todos los honores que merecis.

—¡Dios sabe si eso sucederá!

—Mi corazon me dice que sí.

—Pues bien, venid conmigo.

Desde aquel instante se estableció una secreta simpatía entre el anciano y el mozo.

Despues de enviar la carabela desarbolada, tomó el derrotero de España.

Durante la travesía le afligió la gota más que nunca.

Aquel viaje fué uno de los más desastrosos.

Una tormenta rompió el palo mayor por cuatro partes.

Aunque repararon la avería los marineros, pocos dias despues otra tempestad les hizo perder el mástil de proa.

Esto, unido á su enfermedad, le puso de nuevo al borde de la muerte.

Al fin, el dia 7 de Noviembre ancló su pobre y triste nave en el puerto de Sanlúcar.

De allí se trasladó Colon á Sevilla, y el mismo dia en que llegó cayó enfermo de tal manera, que inspiró los mas serios cuidados á los que estaban á su lado.

En cuanto al jóven que le acompañaba, apenas llegó á España, conociendo Soria que el almirante le habria dominado con el prestigio de la edad, del saber, de la gloria, procuró alejarle de su lado.

Una noticia que comunicó á Hernan Cortés de la mayor gravedad, le incitó á partir inmediatamente para Extremadura.

Algun dia, cuando bosquejemos la gran figura del inmortal conquistador de México, sabremos lo que hicieron para apartarle de Colon.

Volvamos ahora á acompañar al almirante.

## CAPITULO XC.

### Reaccion.

**S**E había hablado tanto en España de las desgracias de Colon, que al llegar á Sevilla despertó esa curiosidad, ese interes, ese entusiasmo que inspiran siempre los grandes hombres cuando despues de haber sido los ídolos del pueblo, caen en la desgracia, y en medio de sus amarguras vuelven los ojos á los que levantaron el pedestal de su fortuna.

En todas partes se hablaba del regreso de Cristóbal Colon, cuyos sufrimientos en la costa de la Jamáica habian divulgado los que en la embarcacion de Sagredo habian llegado ántes que él.

Como hoy sucede en las aldeas y en las ciudades cuando regresan los soldados de una guerra, que en todas partes los buscan y los agasajan para escuchar de sus propios labios la narracion de las hazañas en que han tomado parte, sucedia entónces con los pocos náufragos, que ébrios de alegría por haber vuelto á la vida, no se contentaban con referir los hechos tal como habian pasado, sino que los ponderaban, exaltando más y más la grandeza de espíritu del inmortal descubridor del Nuevo Mundo.

A la admiracion se unia la piedad: así es que apenas se supo la llegada de la nave en que regresaba á la patria el gran hombre, acudieron de todas partes á recibirle, y desde Cádiz á Sevilla le acompañaron multitud de personas que deseaban

manifestarle de aquel modo la admiracion que sentian hácia él, la gratitud que sus conquistas para España les inspiraba.

Hallábase en la hermosa capital de Andalucía don Fernando de Toledo, y como era natural, quiso que se hospedase en su casa el ilustre marino.

Al desembarcar en la orilla del Bétis, parecia Colon un cadáver.

Su rostro estaba demacrado.

Sus miembros, enervados, apenas podian moverse, y sin embargo, cuando le indicó Mendez que aquel ilustre personaje que salia á su encuentro era el que le habia facilitado los medios para ir á salvarle, toda la vida de Colon brilló en sus ojos para manifestarle su gratitud.

Hallábase en su palacio, y le ofreció todos los honores que merecia.

Aquel dia y los siguientes solo se habló en Sevilla del almirante, y cuando Mendez salia le llamaban en todas partes, le dirigian infinitas preguntas y le dispensaban los mayores obsequios, como habian hecho con Sagredo, porque los dos habian librado de la muerte á los pobres náufragos.

Esta reaccion inmensa en favor del gran hombre y de sus amigos; este delirio del pueblo para honrar al héroe, contrastaba con la sorda indignacion de los agentes de Fonseca, que contemplaban llenos de ira aquel animado cuadro.

La calle en donde estaba el palacio de don Fernando de Toledo era una romería.

El vulgo, ya que no podia contemplar al héroe, se contentaba con decirse:

—¡Allí está!

Y los más atrevidos se acercaban á las escaleras y preguntaban á los guardadores de tan ilustre personaje por el estado de su salud.

La noticia de la llegada de Colon circuló por toda España, y fray Diego de Deza, que era á la sazón uno de los prelados más notables de la Península: fray Pedro Antunez, el antiguo amigo y protector de Colon, y muchos de los más altos personajes de la corte, que en todo tiempo le habian favorecido con su amistad, fueron á Sevilla á saludarle y á ofrecerle de nuevo su apoyo para vencer cuantas dificultades se opusieran á la realizacion de sus designios.

Todas estas muestras de aprecio, todas estas ovaciones, unidas al descanso y á los cuidados de don Fernando de Toledo, reanimaron el abatido espíritu de Colon, y á los diez dias de su llegada pudo levantarse del lecho.

En medio de sus tribulaciones, notó un vacío inmenso en su corazón.

¿Cómo, sabiendo su llegada, porque se habia sabido en todos los ámbitos de España, no habia acudido á estrecharle entre sus brazos su hijo Diego?

¿Cómo Villejo ó Isabel, á quienes suponía felices esposos; cómo Inés, que habia sido madre cariñosa de sus hijos, no habia volado á consolar al pobre anciano, tanto más cuanto que suponía que habria sabido sus horribles padecimientos?

El primer día que se levantó y pudo hablar, llamó á Mendez.

—¿Cómo no ha venido mi hijo Diego? le preguntó.

—Señor, el deber le detiene al lado de la reina, que está enferma. Ved una carta que me ha dirigido para vos, y por ella sabreis que hay en esta casa quien puede reemplazarle con ventaja á vuestro lado, mientras que él cumple su deber.

—¿Y Inés? ¿Y Villejo? ¿Y su esposa? ¿Cómo no han venido?

—Vuestro hijo don Fernando os explicará la causa.

—Sí, padre mio, sí, dijo el jóven, que habia oido la triste revelacion de las desgracias de que habian sido víctimas aquellas infelices mujeres.

—Habla, ¿sufren? ¿Han muerto? añadió Colon, queriendo adivinar lo que pasa en la mirada de su hijo.

—Permitidme, padre mio, que retarde algunas horas no más la contestacion á las preguntas que me dirigís, porque es posible que entónces pueda comunicaros faustas nuevas.

En efecto, Fernando habia sabido que de un momento á otro era esperada en Sevilla Isabel Monteagudo, y la persona que habia traído aquella noticia habia indicado que la habia visto en compañía de una jóven, á quien trataba como si fuera su hija.

Todo esto hizo creer á Fernando que la desventurada esposa de Alonso Velez de Guzman habia hallado á Isabel, y habia podido sacarla del convento en donde sus enemigos la habian encerrado.

En esta conversacion estaban el almirante y su hijo, cuando se presentó en la estancia del enfermo una jóven, á la que saludó Mendez con las mayores muestras de consideracion.

—Es, dijo, presentándola á Colon, la hija del muy ilustre don Fernando de Toledo, en cuya casa estamos hospedados.

Dios os bendiga, hija mia, exclamó el anciano.

—Tengo que hablaros en nombre de vuestro hijo, exclamó María con voz entrecortada por la emocion.

Y mirando á Diego Mendez:

—Dejadnos un instante á solas, añadió.

Fernando y Diego Mendez salieron de la estancia, y María, colocándose frente al sitio que ocupaba el enfermo, le habló de esta manera:

—Perdonadme, señor, si me atrevo á turbar vuestra tranquilidad con una confianza. Vuestro hijo Diego no puede abandonar su puesto al lado de la reina, que se halla enferma de gravedad. De lo contrario, él os hubiera hablado. ¿No os ha dicho en una carta que encontrariais aquí quien le reemplazase cerca de vos?



—Sí, hija mia.

—Pues bien, yo soy quien debe reemplazarle.

—¿Vos?

—¿Lo sentís?

—No por cierto.

—¿No adivináis los motivos que me impelen á venir á hablaros? añadió la jóven, al mismo tiempo que sus mejillas se encendian.

—Deseo adivinarlo, y plegue á Dios que no me engañe. Si las sospechas que han despertado en mí vuestras palabras se confirmasen, yo bendeciría á Dios por haberme librado de los inmensos peligros que he corrido, y traerme á este puerto de salvacion, en donde si no justicia para mí, puedo encontrar felicidad para mi hijo.

—¿No habeis adivinado, exclamó la jóven, que para ser dichosa solo deseo vuestra bendicion?

—¿Amais à Diego?

—Sí, con toda mi alma.

—¿Dios os bendiga! Vuestras palabras derraman un bálsamo dulcísimo en mi corazon; me devuelven la vida que se extinguía en mí. ¡Oh! Sí, ahora estoy seguro de que viviré. ¿Y qué importa todo lo que he sufrido? ¿Qué las intrigas de que puedan hacerme objeto mis adversarios, si vuestra felicidad brota todo un pasado de desgracias para ofrecerme un porvenir risueño?

María refirió entónces con agitada voz al almirante lo que Mendez le habia ocultado.

Diego, herido en la calle de la posada de maese Rapiña, fué conducido por don Fernando de Toledo á su palacio, y allí le prodigó los mayores cuidados hasta que se restableció.

En aquel tiempo tuvo ocasion de admirar las bellezas que atesoraba en su alma la hermosa María, y sintiendo que se

renovaba su vida, que brotaban ilusiones dulcísimas de sus mismos desengaños, amó á María con todo su corazon y escuchó de su labios la promesa de que sería su esposa.

Todo esto con el lenguaje purísimo del amor, con la emocion de una alma enamorada, habló María al anciano, y adivinando éste en su mirada que era inmenso el amor que ella sentía:

—¡Bien hayas tú! le dijo, bien hayas tú, María, que para hacer la dicha de mi hijo, ángel del cielo, al mundo Dios te envía!

María acercó la frente á los labios del anciano, y aquel imprimió en ella un ósculo paternal.

—¿Y sabe vuestro padre que os une un lazo tan estrecho con mi hijo?

—Aún lo ignora.

—Mal hecho; ¿por qué lo habeis ocultado?

—Diego ha temido que mi buen padre se opusiese à nuestro amor. No le conoce: al saber que es mi felicidad, no nos negaría su consentimiento; pero él me ha exigido que guardase el secreto hasta vuestra venida, hasta que pudiera hablar con vos, y yo le he obedecido, porque sus súplicas son órdenes para mí, porque le amo con toda mi alma.

María se despidió de Colon despues de conseguir que éste le diese el dulce nombre de hija.

Aquella revelacion que le habia hecho, inspiró nuevos deseos al almirante de conseguir que le restituyeran sus honores y sus riquezas, para que su hijo fuera digno de aquella mujer que tanto le amaba, y que pertenecía á una de las familias más principales del reino.

Encontrándose mejorado, trató de poner en orden sus negocios y de restablecerse por completo, para trasladarse á la corte à gestionar cerca de los reyes su rehabilitacion.